

LUIS CORVALAN

Secretario General del Partido Comunista de Chile

XIV

**EL PODER POPULAR,
UNICA ALTERNATIVA
PATRIOTICA Y
REVOLUCIONARIA**

(INFORME AL XIV CONGRESO NACIONAL DEL PARTIDO)

Santiago, noviembre de 1969



LUIS CORVALAN L.

Secretario General del PC de Chile.

1.--- LOS ACONTECIMIENTOS DESDE EL XIII CONGRESO.

Queridos camaradas:

En los cuatro años transcurridos desde el anterior Congreso, nuestro Partido ha tenido que enfrentar importantes batallas sociales, ideológicas y políticas, en muchos casos preñadas de situaciones difíciles. De esas batallas ha salido airoso, más fuerte, más unido, más grande, con su prestigio acrecentado.

El Partido ha desplegado su actividad en medio de grandes combates de masas. Las huelgas y marchas de los trabajadores de la ciudad y del campo, las tomas de terreno por los pobladores, en las cuales se han distinguido especialmente las mujeres, y las luchas callejeras de los estudiantes, han sido rasgos característicos de este período.

Cuando realizamos el XIII Congreso, el gobierno de Frei estaba en sus comienzos. Se vivía un momento de confusión política. Un sector del pueblo se hallaba ilusionado por las promesas de cambio que hiciera el actual partido gobernante. Otros sectores populares caían en el desaliento, decían que el país no tenía remedio, declaraban que ya no participarían más en las lides electorales, asumían posiciones sectarias. Algunos grupos políticos que venían marchando junto al FRAP se separaban de él, en tanto que entre socialistas y comu-

nistas surgían serias discrepancias, contrarrestadas por el hecho de que ambos partidos tenían una línea de oposición.

El XIII Congreso tuvo el gran mérito de enfocar correctamente el nuevo panorama político-social. El Partido no perdió los estribos. Mediante la luz de su doctrina, supo penetrar en los fenómenos que estaban en marcha y alumbrar el camino que desde entonces ha recorrido hasta hoy.

Cuando las candilejas de la revolución en libertad estaban en pleno fulgor, el XIII Congreso de nuestro Partido desentrañó y puso de relieve los verdaderos fines que la animaban. Señaló en forma tajante que el objetivo que perseguía la democracia cristiana era "salvar el capitalismo en Chile e impedir la revolución popular y el socialismo". Fue enfático en advertir que el gobierno demócratacristiano no se proponía "resolver los problemas básicos de la reestructuración nacional, sin lo cual es imposible dar satisfacción a las necesidades de las grandes masas". . .

La certeza de estos juicios está probada por los hechos. La famosa revolución en libertad quedó en puras palabras. Habiendo en general, el país ha visto una vez más un gobierno al servicio de los poderosos y en contra del pueblo.

Pero el XIII Congreso no hizo un enfoque unilateral de la situación ni se dedicó a las profecías. Por el contrario, efectuó un rico análisis del nuevo cuadro político. Tuvo en cuenta el deseo de cambios de la población chilena, la necesidad imperiosa de estos cambios, las distintas presiones a que estaba sujeto el gobierno, el carácter pluriclasista de la democra-

cia cristiana y las contradicciones consiguientes en su seno, la fuerza del proletariado, la gravitación del **FRAP** y la capacidad de lucha de los trabajadores y del pueblo.

No metimos a todos los demócratacristianos en el mismo saco. Tuvimos presente el hecho de que una parte importante de los que habían votado por el señor Frei y de los militantes del partido de gobierno tomaban en serio las necesidades de cambios y querían echarlo para adelante, atacando al menos diversos centros de poder de la Derecha.

Consideramos las características diferentes del nuevo adversario que llegaba al poder y las armas que pondría en práctica para conseguir su objetivo. Llamamos la atención sobre el hecho de que trataría de lograrlo "con métodos y lenguaje modernos, dándole especial importancia al trabajo con las masas, remozando en parte la arcaica estructura del país y mejorando en cierto grado la situación de algunos sectores del pueblo".

Declaramos que nuestra política de oposición al gobierno sería firme y activa y no ciega. Y señalamos con énfasis la idea de que el pueblo no permaneciera en actitud pasiva, sino en posición de combate por sus reivindicaciones y por los cambios, tratando de lograr los avances que la nueva correlación de fuerzas y la lucha hicieran posibles, sin perder de vista a los enemigos principales, el imperialismo y la oligarquía, y manteniendo siempre como divisa la necesidad de alcanzar un gobierno verdaderamente popular y revolucionario, capaz de realizar las transformaciones y marchar al socialismo. Para ello, propiciamos la unidad de todas las fuerzas populares y pro-

gresistas, tanto las que estaban en la oposición como las que se hallaban en el gobierno, en contra de las fuerzas reaccionarias que había y hay también en una y otra parte. Reafirmamos el papel de la clase obrera como centro de la unidad y motor de los cambios revolucionarios, y le dijimos al Partido:

—“Estamos ante un desafío en cuanto a quién gana a las masas: o la burguesía para el reformismo y la colaboración de clase o el proletariado para una política independiente y la verdadera revolución chilena”.

—“A una orientación y un trabajo de masas de nuestros adversarios corresponde una orientación y un trabajo de masas del Partido en una escala mil veces superior a la que hemos aplicado hasta ahora. Esta es la gran tarea, aquí está el quid de la cuestión”.

El Partido se unió más estrechamente en torno a esta política. Y enfrentó las incomprendiciones de algunos círculos de izquierda, que trataban de presentarnos en actitud colaboracionista con la democracia cristiana gobernante y establecían como línea divisoria principal lo de estar o no estar con el gobierno, sin considerar las posiciones concretas ante los asuntos concretos de parte de cada sector político y social.

Si la justeza de una política se prueba por sus resultados concretos, no podemos sino afirmar que la línea que trazó nuestro XIII Congreso ha sido y sigue siendo acertada.

2.— ANTE EL REFORMISMO DEMOCRATACRISTIANO.

Otros partidos y corrientes dan también su aporte al movimiento obrero y popular. Pero

es de toda evidencia que, por ejemplo —y para citar dos cuestiones esenciales—, el fortalecimiento y ampliación de la unidad sindical en las filas de la CUT y la unidad popular en marcha, son principalmente frutos de nuestra política y de nuestro esfuerzo.

Ya está claro que la victoria no será del reformismo democratacristiano. La democracia cristiana va cuesta abajo. No gobernará hasta el año 2000, como anunció a los cuatro vientos. Incluso la posibilidad de un segundo gobierno democratacristiano aparece cuestionada. En cambio, los partidos que se mantuvieron en las posiciones revolucionarias consolidan y acrecientan su influencia entre las masas y conquistan nuevos aliados. Sin embargo, el reformismo conserva fuertes posiciones en algunos sectores populares y puede abrirse paso en otros, incluso en círculos que lo rechazan formalmente. Tiende a resurgir con nuevo ímpetu a través de otros nombres, de otras etiquetas, de otros caudillos con traje de civil o de uniforme. Ello impone el deber de continuar combatiéndolo.

No ha sido fácil nuestra lucha ni la de nuestros aliados. La democracia cristiana se lanzó a la conquista de las masas con cuantiosos recursos del Estado, con el apoyo financiero de poderosos círculos imperialistas y de organizaciones internacionales creadas ex profeso para combatir el comunismo, con el respaldo de la mayor parte de la Iglesia Católica y con una fabulosa máquina publicitaria. Además, contaba con apoyo de masas y el entusiasmo y la mística de una parte significativa de sus militantes, especialmente de jóvenes y

mujeres, y tenía a su favor un terreno abonado para hacer muchas cosas.

Se requería de los comunistas claridad política, firmeza de clase, tenacidad en la lucha. Nuestros militantes respondieron a estas exigencias del combate. En todas partes, incluidas las organizaciones creadas o dominadas por la democracia cristiana, desplegaron una actividad tesonera en favor de las reivindicaciones del pueblo, promoviendo la unidad de acción con todos los trabajadores, pobladores, estudiantes, dueñas de casa y otros, al mismo tiempo que manteniendo en alto la lucha ideológica. Nuestros militantes, hombres y mujeres, han trabajado en las masas con la línea del Partido, uniendo en el combate a los más amplios sectores populares, desarrollando las posiciones revolucionarias.

En momentos difíciles el Partido se orientó y actuó como un solo cuerpo y llegó a desempeñar un papel decisivo.

Siendo Ministro de Hacienda Sergio Molina, el gobierno presentó un proyecto de reajuste de remuneraciones para 1968, que contenía graves atentados contra el derecho a huelga, un aumento de salarios inferior al alza del costo de la vida, el ahorro obligatorio para un fondo en favor de los capitalistas. El paro de la clase obrera y del conjunto de los trabajadores del 23 de noviembre de 1967 echó a pique ese proyecto y derribó a Molina. Vino un segundo proyecto, del cual se eliminaba el ahorro obligatorio y se reajustaban los salarios para el sector privado de acuerdo al alza del costo de la vida. El Partido llegó a la conclusión de que este segundo proyecto no había que rechazarlo en bloque. Aplicó en forma con-

creta y viva nuestra línea de oposición firme, activa y no ciega. Combinó la movilización de las masas, que es lo fundamental por cierto, con la sagacidad política, arrancando del gobierno el compromiso de retirar el artículo que atentaba contra el derecho a huelga y mejorar la situación de los servidores públicos. Dicho sin jactancia, fue nuestra actitud la que permitió decidir las cosas en favor de los trabajadores. De paso, en este entrevero cayó el sucesor de Molina, el Ministro Raúl Sáez, uno de los "supersabios" de la llamada, fracasada y ya fenecida, Alianza para el Progreso.

Hay que destacar que en estas luchas participó el conjunto de los trabajadores chilenos, distinguiéndose especialmente, por su combatividad los profesores, los funcionarios de Correos y Telégrafos, los trabajadores de la Salud, los empleados de la Universidad de Chile y de la Línea Aérea Nacional.

En el proceso de la reforma universitaria, la actividad desplegada por nuestros militantes y por nuestros jóvenes comunistas, ha sido igualmente decisiva. La lucha por la transformación de la universidad chilena, por colocarla a tono con los tiempos y al servicio de los cambios sociales ha sido una preocupación permanente del Partido, una causa de largos años perseguida por los estudiantes. En 1967, los universitarios se decidieron a hacer efectiva la reforma. No obstante ello, junto a un reducido grupo que la rechazaba, había otros que la querían muy morigerada. Los diferentes criterios reformistas se sometieron a plebiscito del estudiantado. Debido a la influencia democratacristiana, a la presión del partido gobernante, y al apoyo recibido de los hijos de

los momios, ganaron ese plebiscito los moderados, adversarios de una real participación en la vida universitaria de todos sus estamentos. Sin embargo, al poco tiempo, los vacilantes y timoratos fueron superados; las masas estudiantiles y los demás sectores universitarios, académicos y no académicos, en su gran mayoría hicieron suyas las posiciones de los comunistas. La reforma universitaria ha surgido, pues, desde abajo hacia arriba, teniendo su primera concreción práctica en la Facultad de Filosofía y Educación, la más numerosa de todas, con un decano comunista y un Centro de Alumnos dirigido por los jóvenes comunistas. La elección de un rector que no es precisamente un campeón de la reforma, no podrá ya alterar sustancialmente este proceso que ha llegado a toda la educación superior, incluidas las universidades católicas.

Un papel casi similar nos ha correspondido en relación a la reforma agraria. A pesar de las limitaciones de la ley de 1967, le dimos nuestro apoyo, así como se lo dimos también a la reforma constitucional sobre el derecho de propiedad, considerando que ambas iniciativas han constituido significativos avances. Y más allá de esto, hemos impulsado el proceso de la reforma agraria, la organización de los trabajadores agrícolas, la lucha por la tierra, por la aplicación de la ley. En este sentido, nuestra conducta ha sido en ocasiones decisiva. Así por ejemplo, cuando los terratenientes se alzaron en Santa Marta de Longotoma y atrincheraron a un grupo de los suyos para resistir por la fuerza la expropiación del fundo, fuimos nosotros, comunistas, los que, en acción común con otros sectores, incluidos los demócratacristia-

nos, movilizamos a los campesinos, obreros y mineros de los alrededores y les bajamos el moño a los latifundistas.

En estas y en todas nuestras actuaciones nos hemos guiado por los intereses fundamentales del pueblo, dirigiendo siempre los fuegos contra los enemigos principales, el imperialismo y la oligarquía, a la vez que resistiéndonos con todo el cuerpo a la orientación reaccionaria del gobierno, como en el caso de los convenios del cobre y su política económica y laboral.

3.— NUEVAS FUERZAS ENTRAN AL COMBATE.

A la altura del XIII Congreso el campesinado casi no existía como fuerza organizada, a pesar que sus luchas, muchas veces heroicas, venían desde antes. Era una masa casi sin derechos. La alianza obrero campesina, requisito básico de la Revolución, apenas despuntaba. Esto ha cambiado. La organización campesina ha surgido impetuosamente. Las luchas campesinas han estremecido al país. Los trabajadores agrícolas han conquistado el derecho a sindicarse, mejores salarios y asignaciones familiares, alguna atención del estado en materia de créditos y en asistencia técnica y una parte, aunque todavía insuficiente, de la tierra. La alianza obrero campesina ha comenzado a concretarse en los hechos por primera vez en la historia de Chile. Ahora el campo no es un mundo sin respuesta frente a los problemas. Todo esto constituye un avance realmente trascendental.

El país también ha visto cómo la juventud logra niveles de organización y combatividad

sin precedentes. La gravitación que ella alcanza en la vida social y política es hoy más grande que nunca. La mayoría de los jóvenes chilenos se pronuncia por los cambios, toma resueltamente el camino del combate, expresa su repudio al régimen capitalista y condena los crímenes del imperialismo.

Además de los escritores y artistas que desde hace tiempo actúan junto al pueblo, se incorporan a la lucha social numerosos profesionales y técnicos que en el país no encuentran empleo suficiente para sus capacidades, se transforman en asalariados, reciben el influjo del socialismo y de la revolución científico-técnica.

Todo esto significa que el movimiento social se ha ampliado con hombres, mujeres y jóvenes provenientes de distintas capas. Los comunistas vemos en este fenómeno un hecho positivo y por tanto tenemos frente a él una disposición abierta. Más aún, estimamos que abren nuevas perspectivas a la clase obrera para forjar en torno suyo una vasta alianza antimperialista capaz de conducir a la victoria la revolución chilena.

Es claro que, al mismo tiempo, un cierto número de estos nuevos combatientes traen al movimiento popular tendencias y posiciones malas, algunos el reformismo y otros el izquierdismo como desviación oportunista. Estos últimos se caracterizan por su impaciencia, por su inconstancia en la lucha, por pasar a menudo de una a otra posición extrema, por la falta de confianza en las masas, de serenidad en la lucha, de espíritu de organización, disciplina y firmeza. Se distinguen también por el subjetivismo y su inclinación a levantar caudillos.

El Partido considera de su deber librar el combate ideológico contra todo tipo de oportunismo. De ahí que, junto a la lucha contra el reformismo burgués, ha tenido que hacer frente a las tendencias sectarias de izquierda.

Este izquierdismo se expresa en fraseología revolucionaria, en la conciliación con los grupúsculos anticomunistas de izquierda, en exhortaciones irresponsables a la lucha armada, en la tendencia a restringir arbitrariamente el campo de alianza del proletariado.

Algunos portavoces de este sarampión izquierdista lanzan rayos y centellas contra el imperialismo y la Derecha y, en ocasiones, sapos y culebras contra la línea de nuestro Partido.

La Derecha se ha aprovechado de estos hechos intentando llevar a ciertos sectores del pueblo la idea de que esos izquierdistas son más gallos que los comunistas y que nosotros nos convertimos en una fuerza tradicionalista y conservadora.

Y sin embargo nosotros hemos sido y seguimos siendo, a mucho honor por cierto, el blanco predilecto de los ataques del imperialismo y la oligarquía. Esa misma afirmación gratuita constituye uno de esos ataques.

Los contrarios saben muy bien quiénes somos y qué queremos los comunistas. "El Mercurio", principal vocero del imperialismo y de la burguesía monopolista, no nos pierde pisada. Lo que más le quita el sueño al imperialismo y a la Derecha es nuestro Partido Comunista.

Ahora bien, nuestra política de acción común con las nuevas fuerzas que entran al combate y de lucha ideológica permanente contra las

posiciones izquierdizantes que traen algunos de sus componentes, ha dado sus frutos. La unidad con dichas fuerzas se va plasmando en las acciones comunes y las posiciones sectarias del oportunismo de izquierda, aunque todavía subsisten, pierden terreno.

A lo dicho agreguemos que no miramos en forma despectiva ni dogmática a los portavoces del izquierdismo. La experiencia internacional y nacional, incluida la de nuestro propio Partido, indica que muchos de ellos pueden evolucionar a posiciones correctas, asimilar la ideología del proletariado y transformarse en revolucionarios consecuentes.

De otra parte, en un plano ultraizquierdista, operan grupos y grupúsculos anticomunistas que reciben el aliento de los enemigos de clase del proletariado. Estos grupos actúan al margen de las masas y recurren al terrorismo, método que favorece los propósitos de los reaccionarios y que por esto ha sido condenado desde hace muchos años por el movimiento obrero revolucionario.

En ellos encuentran eco las ideas reaccionarias de Marcuse y de otros ideólogos que proclaman la caducidad del marxismo y niegan la misión revolucionaria de la clase obrera, la declaran incorporada al "status", presentan al campesinado y a la juventud como la principal fuerza motriz de la revolución, tratan de contraponer los campesinos a los obreros, los jóvenes al proletariado, intentan reemplazar la lucha de clases por una lucha entre generaciones.

El Partido y las J.J.C.C. los mantienen a raya. Rechazan todo entendimiento y concesión con ellos y denuncian el papel que juegan, el de

provocadores al servicio de la reacción y el imperialismo, independiente de que en sus filas haya gente sana que, sometida a la práctica y a la crítica revolucionarias, pueda también evolucionar a posiciones correctas.

Algunos de estos grupos han entrado en la descomposición. Aquellos de sus militantes que hayan aprendido las lecciones correspondientes, tienen un puesto en las filas del movimiento revolucionario organizado y responsable.

4.— LOS PROBLEMAS INTERNACIONALES.

CAMARADAS:

La situación internacional nos ha exigido una preocupación constante por las tareas de solidaridad con los pueblos que luchan contra el imperialismo y en favor de la unidad del movimiento comunista.

La pugna entre el socialismo y el capitalismo, entre los partidarios de la paz y los que buscan la guerra, entre los que quieren la liberación de los pueblos y los que están por mantenerlos oprimidos, ha alcanzado caracteres más agudos y ciertos aspectos más complejos.

El imperialismo no ha podido cambiar a su favor la correlación de fuerzas. No ha podido apagar el faro de la Revolución Cubana ni poner de rodillas al pueblo vietnamita. Por el contrario, en uno y otro caso ha sufrido contundentes palizas.

La Revolución Cubana sigue y seguirá siendo un factor fundamental en todo el desarrollo del proceso revolucionario de América Latina. Es una prueba concluyente de la possibili-

dad real de vencer al imperialismo y de edificar el socialismo en tierra americana. El entusiasmo revolucionario de los cubanos en pos de la zafra de 10 millones de toneladas y en el cumplimiento de otras tareas, demuestra la gigantesca capacidad creadora del pueblo cuando trabaja y construye para sí mismo.

La victoriosa lucha de los vietnamitas anima también el combate de los pueblos contra el imperialismo y demuestra, asimismo, la posibilidad de propinarle derrotas aplastantes.

La heroica lucha de Cuba y de Vietnam refuerza el combate de los pueblos contra el opresor imperialista. A su vez, la solidaridad de los pueblos del mundo entero con los cubanos y vietnamitas fortalece su causa y la causa de la humanidad progresista.

De aquí la fuerza de la solidaridad con Cuba y Vietnam que nuestro Partido ha promovido en todo momento y que debemos seguir impulsando.

A pesar de sus reveses, el imperialismo ha demostrado su capacidad de maniobra y las posibilidades que aún tiene para mantener su dominio en las metrópolis, defender sus posiciones económicas en una serie de países liberados del colonialismo y dar golpes y contra-golpes en América Latina y otros lugares.

A los ojos de los pueblos queda en claro que el imperialismo es su enemigo mortal, el principal obstáculo que la humanidad encuentra en su camino y que, por tanto, no hay deber más grande de los comunistas y de todos los revolucionarios que el de cerrar filas contra el imperialismo y entregar la más amplia y efectiva solidaridad a los pueblos que son víctimas de sus agresiones o los enfrentan decididamente.

La lucha de cada pueblo por su independencia, la democracia y el socialismo está indisolublemente ligada al combate mundial contra el imperialismo.

Y esa lucha es y será tanto más efectiva cuanto más unidad haya en el campo antimperialista y, ante todo, en el movimiento comunista.

Nuestro Partido se ha guiado por estas simples y tajantes verdades. El imperialismo y los reaccionarios de todos los pelajes saben que no hay fuerza más grande en nuestra época que la fuerza de la solidaridad de clase de los trabajadores de todos los países y de todos los pueblos que luchan por la libertad, la democracia, la paz y el socialismo. De ahí por qué se empeñan en minar esta solidaridad, para lo cual promueven especialmente el nacionalismo y el antisovietismo.

En la práctica de más de medio siglo, desde los tiempos de Luis Emilio Recabarren, hemos demostrado fehacientemente ser los patriotas más consecuentes, los más decididos defensores de cuanto conviene a la nación. Los intereses de clase del proletariado y los intereses nacionales de nuestro pueblo no son ni pueden ser contrapuestos. Forman un todo indivisible. Esto es claro. Pero el patriotismo comunista, no tiene nada que ver con el nacionalismo burgués, con las tendencias a contraponer el interés del país al interés común de los pueblos.

Como los demás partidos comunistas, el Partido Comunista de Chile es sometido a constantes presiones dirigidas a empujarlo al lodazal del antisovietismo y del nacionalismo. ¡Si hasta alguien —y no precisamente un reaccionario— nos recomendó públicamente un día

que nacionalizáramos nuestro Partido! Si esto no fuera tan grotesco sería para la risa. ¡Imagínense ustedes!; ¡plantear la nacionalización del Partido de Recabarren, Lafertte, Fonseca, Galo González y Pablo Neruda, es como plantear la nacionalización de las empanadas o del pastel de choclo!

Lo importante es que nuestro Partido y nuestro pueblo comprenden bien qué se traen o se llevan entre manos tan gratuitos consejeros.

Nosotros condenamos el antisovietismo partiendo del más absoluto convencimiento que toda tendencia o conducta dirigida a menoscabar el papel histórico de la Unión Soviética favorece al enemigo, va en perjuicio de la causa de nuestro pueblo y del interés de todos los pueblos del mundo. También en este aspecto la historia de nuestro Partido y del movimiento obrero chileno ha puesto en evidencia que el antisovietismo es arma del imperialismo y de la reacción interna y que lo propagan aquí, ante todo, para atacar a los obreros y campesinos, a las masas populares de nuestro país y a la causa de la liberación de nuestro pueblo.

La propaganda imperialista y reaccionaria habla día y noche de la dependencia de los partidos comunistas y hasta suele sostener que éstos no serían tan malos si se liberaran de la tutela moscovita. En nuestro caso, como en el caso de los demás partidos comunistas, se prueba a diario que elaboramos nuestra propia línea política, tomando en cuenta nuestra realidad, nuestra experiencia, a la vez que, naturalmente, guiándonos por nuestra ideología y tratando de asimilar las experiencias útiles que emanan de la práctica revolucionaria de otros pueblos. Este mismo Congreso así lo de-

muestra. A pesar de ello, la propaganda enemiga sigue machacando sobre las mismas calumnias. Lo hace sin duda con el propósito de torcer los rumbos de nuestro Partido. Pero trabaja en vano.

De lo anterior se desprende cuál fue y cuál es nuestra posición respecto de los problemas que más han preocupado al movimiento comunista en los últimos tiempos.

En la medida de nuestras posibilidades, hemos contribuido a la unidad de dicho movimiento. Hemos participado en numerosos encuentros bilaterales con los partidos de América Latina, comprendido el de Cuba, con los partidos de Estados Unidos y Canadá, con los de Francia e Italia y con varios del campo socialista de Europa y Asia, incluido en primer término el Partido Comunista de la Unión Soviética. Hemos estado presentes en varias reuniones multilaterales hasta culminar con la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros, celebrada en Moscú a mediados de este año.

Esta Conferencia y los documentos que aprobó constituyen un gran triunfo del movimiento comunista internacional, una victoria del marxismo-leninismo, un hito decisivo en la cohesión internacional de nuestras filas y en el camino de la unidad en la lucha de los comunistas y de todos los revolucionarios contra el imperialismo.

El giro hacia la unidad internacional del comunismo se abre paso vigorosamente. Este es un hecho promisorio que los comunistas chilenos celebramos jubilosamente desde el fondo de nuestros corazones.

Sin embargo, no podemos pasar por alto la

actitud de un destacamento importante del movimiento comunista, el Partido Comunista de China, que se ha apartado cada vez más de las posiciones internacionalistas y del marxismo-leninismo, cayendo en el nacionalismo y el antisovietismo. Por cierto que todo esto, así como la tristemente célebre "revolución cultural", no tienen nada que ver con el comunismo y nos causan a todos un gran perjuicio, en primer término a los comunistas y al pueblo chino.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en Checoslovaquia en agosto del año pasado fueron otro motivo de preocupación de los comunistas.

En tal oportunidad, nuestro partido cerró filas en torno a la Unión Soviética y otros cuatro países del Pacto de Varsovia que enviaron tropas al territorio checoslovaco para conjurar los peligros que allí amenazaban la existencia misma del régimen socialista.

Actuamos así convencidos hasta la médula de la posición internacionalista de la Unión Soviética y de los países que la acompañaron, del hecho que las tropas del Pacto de Varsovia no iban a aplastar la independencia checoslovaca, ni interferir en sus asuntos de orden interno, del hecho, en fin, que el retorno del capitalismo a Checoslovaquia sí que habría significado la pérdida de su independencia nacional, un duro golpe para su pueblo y un peligro muy grande para la causa de la paz y el socialismo en Europa y en todo el mundo.

A partir de fines de 1967 se produjo en Checoslovaquia un proceso dirigido a corregir graves deformaciones en la dirección del Estado, de la economía y del Partido. Se requería lle-

var a fondo la democracia socialista, lo cual iba en interés del pueblo checoslovaco, del sistema socialista y del movimiento comunista. Nosotros, claro está, lo miramos con simpatía, convencidos entonces y ahora que la democratización socialista debe correr a la par de la construcción del socialismo. Sin embargo, fue claro desde el comienzo que en el curso de este proceso de democratización levantaron cabeza los elementos reaccionarios, algunos planteando desembozadamente la vuelta al capitalismo y otros, con el mismo objetivo, tratando de sacar ese proceso del marco de la dirección del proletariado y del Partido Comunista. Los imperialistas yanquis y germanooccidentales actuaban con la esperanza de arrancar a Checoslovaquia del campo socialista.

La posición que asumimos frente a los sucesos checoslovacos quebró en nuestro país la campaña antisoviética y anticomunista y fue un factor más de cohesión de las filas del Partido y de las Juventudes Comunistas.

Un número determinado de Partidos Comunistas tuvo una actitud diferente de la nuestra y de la de muchos otros partidos. Con varios de ellos mantenemos relaciones cordiales y queremos seguir manteniéndolas, sin perjuicio de lo cual consideramos un deber dar nuestra opinión sobre aquellas cuestiones que atañen a todo movimiento comunista.

Resumiendo, nuestro Partido se ha guiado en estos cuatro años por la línea que le trazara el XIII Congreso. En todas las batallas decisivas nacionales y frente a todos los asuntos internacionales más espinudos nos hemos orientado invariablemente por esa línea, por nuestros principios.

5. EL FORTALECIMIENTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Desde el Congreso anterior, se ha duplicado el número de nuestros militantes. Sólo desde julio a esta fecha, paralelamente a la renovación de nuestro carnet, hemos reclutado 12.000 y tantos nuevos afiliados.

Han mejorado apreciablemente nuestras posiciones en el movimiento obrero, en el seno de la CUT, en industrias vitales. Se ha afianzado y extendido en el campo. La mayoría de los trabajadores ve en nuestro Partido su propio partido, el que los interpreta, los orienta y los conduce al combate, el que se guía ante todo por los intereses del proletariado.

En un mundo virtualmente hermético, cerrado y prohibido para que el comunista pudiera desempeñarse como investigador o catedrático, en la Universidad chilena, se ha producido un cambio notable. Hay un rector comunista en la Universidad Técnica del Estado, y decanos comunistas en la Universidad de Chile, elegidos democráticamente. Se afianzan y desarrollan las posiciones revolucionarias de los comunistas en los diversos estamentos de la comunidad universitaria, entre los académicos, alumnos y personal administrativo.

En el ámbito femenino, habla de nuestra creciente influencia el hecho de que en algunas comunas la mayoría de las mujeres sufraga por los comunistas y en varias otras somos la primera fuerza relativa. En el mismo sentido habla también el hecho de que tenemos en el Partido un 29,4% de militantes que son mujeres y en el Comité Regional Norte de Santiago, el 41%. Quebra el récord el Comité Local de Barrancas con un 49%.

Las estadísticas de nuestro Partido ponen de relieve otros hechos interesantes. Hemos crecido, tenemos muchos militantes nuevos, lo que demuestra el aumento de nuestra influencia y constituye una fuerza pujante que ayuda a nuestra permanente lozanía y a la renovación y multiplicación de nuestros cuadros. Tenemos también un número impresionante de afiliados de larga experiencia. 660 compañeros militan desde hace más de 40 años; 2783 desde hace más de 30; 5388 desde hace más de 20. Todos ellos han luchado en los duros períodos de la clandestinidad. Y esto, sin contar los miles de camaradas que se incorporaron a nuestras filas en los últimos años de la ilegalidad. Estos viejos combatientes le dan a nuestro Partido la madurez y la solidez que lo caracterizan.

Del total de nuestros militantes el 66,6% son obreros, sin considerar a aquellos que tienen la categoría jurídica de empleados. El 7,7% son campesinos sin incluir a los obreros agrícolas. En el 20% restante se incluyen artesanos, pequeños comerciantes e industriales, empleados y, desde luego, nuestros intelectuales y profesionales que han abrazado la causa de la clase obrera. Esta familia comunista se agrupa en 3.618 células, que viven y combaten de un extremo a otro de nuestro largo territorio.

Cada vez más se levanta la imagen de un Partido de nuevo cuño, de nuestro Partido Comunista, que el pueblo reconoce y distingue por su desinterés, por su espíritu de sacrificio, porque sus dirigentes y militantes no son gentes que están en la política para arreglarse los bigotes y sus afiliados son los héroes anónimos, los soldados desconocidos de todas las ba-

tallas, los que hacen las cosas, los que están al frente de las huelgas, a la cabeza de las tomas de terrenos, de la solidaridad internacional, de la movilización del pueblo contra los peligros de golpe de Estado.

Hay quienes critican a los comunistas suponiendo pasividad y conservadurismo. A veces resulta que esta crítica contra los comunistas parte de las señoritas y señoritos de la burguesía, cuyos elegantes dormitorios suelen adornar con respetables figuras del campo revolucionario, pero que no hacen ni han hecho nunca nada por la revolución y no son más que "snobs" de la política. Pero la clase obrera y el pueblo nos conocen y nos aprecian. A nuestro Partido convergen grandes masas, incluso masas de católicos, ante las cuales se levanta la barrera y desaparece el foso que los separaba de nosotros. Ahora muchos católicos del pueblo sienten que no es un pecado mortal votar por los comunistas, votan por nuestros candidatos y también se incorporan a nuestras filas.

Hemos alcanzado, pues, el más alto grado de organización en la historia de nuestro Partido y el más alto nivel de su influencia en las masas. Nos hemos transformado en el primer partido de la izquierda.

Tenemos un Partido compacto, sano, libre de corrientes intestinas, ajeno al caudillismo.

Tenemos un Partido políticamente fuerte, ideológicamente más maduro.

Progresos semejantes han logrado las Juventudes Comunistas, que se han convertido en la primera organización juvenil.

Las J.J.C.C. se han identificado plenamente con la línea política del Partido, que aplican en forma viva y responsable en diversos secto-

res de la juventud. Gracias a esto y a la audacia, a las iniciativas constantes, al entusiasmo revolucionario y a la combatividad que despliegan, han conquistado las posiciones que tienen, y el cariño del Partido, de los trabajadores y del pueblo.

Para quienes pudieran preguntarnos acerca del secreto de tales éxitos, tenemos una respuesta. Se deben a nuestra posición proletaria, a nuestra permanente actividad entre las masas, a nuestra dirección colectiva y a nuestra democracia interna.

La ley interna que rige la vida del Partido son sus estatutos. Las reformas que se proponen lo hacen más comprensible para todos, más claro, más sencillo, más perfecto. Tienen a corregir defectos, a facilitar todavía más su desarrollo como partido de acción y de masas, a la vez que de cuadros.

La necesidad de hacerlo aún más grande, de consolidar y acrecentar sus posiciones es una exigencia de primer orden de la revolución chilena.

Aun cuando el cambio revolucionario es una exigencia perentoria, su realización puede dilatarse si las masas no están en condiciones de llevarlo a cabo. Ya en 1915, Lenin advertía que no toda situación revolucionaria conduce a la revolución. Se necesita además de "la capacidad de la clase revolucionaria para llevar a cabo acciones revolucionarias de masas lo *bastante fuertes* como para destruir (o quebrantar) al viejo gobierno que jamás "caerá", ni siquiera en las épocas de crisis, si no se lo "hace caer". En tales circunstancias, es fundamental la presencia de un Partido Comunista poderoso, cohesionado y experimen-

tado, capaz de ser factor aglutinante de todas las fuerzas antinperialistas y antioligárquicas y garantía de acertada conducción de las luchas cotidianas del pueblo, del combate por su ascenso a la dirección del Estado.

En agosto de 1912, año de la fundación del Partido Obrero Socialista, convertido más tarde en Partido Comunista, el camarada Luis Emilio Recabarren recibió una carta de un grupo de obreros de Punta Arenas. Lo felicitaban por la creación en el Norte del Partido revolucionario del proletariado. Y le decían que “quedaba organizado en este otro extremo de la República ese mismo gran partido que esperamos y deseamos eche hondas raíces en nuestra nación y sea el salvador de nuestra patria”.

Los anhelos de aquellos trabajadores del extremo austral se realizan. La materialización de sus sueños ha sido, es y será fruto de muchas batallas y esfuerzos del proletariado.

El enemigo de clase ha hecho todo lo posible por destruirnos. La vida demuestra que cualesquiera que sean los temporales que desate, las raíces de nuestro Partido terminan penetrando más profundamente en el corazón y la conciencia del pueblo. ¡Que esta lección no la olviden aquellos que pretenden hacer retornar al país a los infames tiempos de las persecuciones!

Ho Chi Minh, nuestro inolvidable camarada, expresó hace muchos años en un poema:

*“Sólo cuando la raíz es firme
puede el árbol vivir mucho tiempo,
y la victoria tiene al pueblo
como raíz”.*

6. LA PUGNA POR EL PODER POLITICO

CAMARADAS:

La ruptura del "status" es una necesidad imperiosa. Los problemas que más atormentan al pueblo —como son los bajos salarios, la carestía de la vida, la inflación, la falta de vivienda, la cesantía y otros— no tienen solución en el marco actual de la sociedad.

Tales problemas subsisten no por casualidad.

Si no se han resuelto hasta hoy es porque el país es víctima de atracos de tan alto monto como el saqueo imperialista que alcanza a un millón y medio de dólares diarios, a más de quinientos millones de dólares al año.

Si más de la mitad de la población chilena tiene ingresos por debajo de sus necesidades vitales es porque un grupo de privilegiados, que sólo representan el 10%, se apropia de más del 50% de la renta nacional.

Si los trabajadores industriales que laboran en las fábricas que ocupan más de 50 obreros ganan bajos salarios es porque de cada 100 escudos nuevos que se generan, 85 se llevan los capitalistas.

Si en el campo todavía reina la miseria es porque los terratenientes se apoderan de más de la mitad de la producción creada por el trabajo de los campesinos.

Si los artesanos, los pequeños y medianos industriales, agricultores y comerciantes viven agobiados por el peso de los impuestos y la falta de créditos, es porque los grandes capitalistas de tipo monopólico tributan poco, gozan de franquicias tributarias o son premiados con la devolución de impuestos y se acaparan los recursos crediticios de los bancos.

Por consiguiente, para resolver los problemas y hacer justicia social, hay que destruir tales relaciones de propiedad y crear otras nuevas. Las actuales relaciones de producción han dejado de corresponder al desarrollo de las fuerzas productivas, al movimiento social en todo sentido y a la época que vive la Humanidad. Estas relaciones ya no pueden contener ni uno ni otro proceso de la sociedad chilena. Y esto es lo que plantea y exige, perentoriamente, una revolución, el ascenso de la clase obrera y el pueblo al poder, medidas que erradiquen por completo al imperialismo, terminen con los monopolios extranjeros, liquiden el latifundio y se pulpen o modifiquen substancialmente, según sea el caso, las instituciones caducas o atrasadas, que están al servicio de la clase dominante.

Ni la Derecha, ni el actual partido gobernante, ni forma política alguna que deje en pie los cimientos en que se funda el sistema actual, pueden dar satisfacción a las necesidades que impone el desarrollo histórico.

Aunque el llamado Partido Nacional se autodenomine defensor de las capas medias y el señor Alessandri se proclame libre de compromisos con personas, grupos o colectividades políticas, la Derecha, su partido y su candidato presidencial representan los más oscuros intereses de la oligarquía o del imperialismo. El pueblo ya los conoce y los tiene fichados. Moro viejo no puede ser nunca buen cristiano. La vuelta de la Derecha al Poder agravaría las cosas, cualesquiera que fuesen los métodos con que gobernara, abiertamente represivos o sedicentemente democráticos. Cada clase que llega al Poder gobierna ante todo para sí.

El pueblo ya conoce también las botas que

calza el partido del Presidente Frei. Es cierto que la democracia cristiana en el Poder se ha diferenciado de la Derecha en una que otra cuestión. Pero no en lo fundamental. Más allá de uno que otro encontrón se ha entendido y ha conciliado con ella. Y en relación con el imperialismo no ha hecho otra cosa que favorecer y acrecentar su dominio. La famosa chilenización del cobre se ha traducido, por ejemplo, en un aumento incesante de las utilidades de las compañías norteamericanas, que de 44 millones de dólares en 1965 subieron a 126 millones en 1968.

Toda promesa de los democratacristianos destinada a hacer creer que si gobiernan otros seis años, esta vez sí que harán la revolución, es una rueda de carreta con la que ni ellos mismos pueden comulgar. Hechos son amores y no buenas razones. Han tenido y tienen el poder en sus manos. No les ha faltado y no les falta, pues, como demostrar consecuencia entre lo que dicen y lo que hacen. De ahí que las catilínicas anticapitalistas del señor Tomic sean pura palabrería.

Han fracasado todas las fórmulas políticas reaccionarias o reformistas y hay que hacer todo lo posible para que el país no vuelva a caer en experiencias inservibles.

La tarea de las tareas consiste hoy en lograr que el problema del poder sea resuelto en favor de las clases interesadas en una profunda transformación de la sociedad.

Este es un objetivo que se puede alcanzar. En él hay apremio y necesidades vitales. Si sólo tuviésemos presente lo que en estos días es la preocupación de millones de chilenos que viven de un sueldo, de un salario o de una pen-

sión, tendríamos que convenir en que, a la tremenda razón de sus reclamos, se agrega una verdad indiscutible: la de que ello puede tener solución real y duradera únicamente a través de una drástica redistribución de ingresos.

El descontento y la sed de justicia estallan por doquier y abarcan a todas las clases y estratos populares. En el corazón y en la conciencia del pueblo se ha acumulado una carga muy grande de legítimo malestar que pugna por un cambio radical de la sociedad.

Una parte de los que tomaron el camino reformista con la democracia cristiana pasan a posiciones revolucionarias. Importantes sectores de católicos se suman a las batallas del pueblo.

La idea de la nacionalización de las empresas imperialistas y de los monopolios internos se transforma en patrimonio de la mayoría.

Se acrecienta el papel de la clase obrera y del Partido Comunista. Se desarrolla la organización de los trabajadores y de las masas populares. Se ha robustecido la Central Única de Trabajadores y su prestigio es hoy mayor que nunca.

Y a través de un proceso más o menos prolongado de coincidencias políticas y de acciones comunes, tiende a convertirse en una realidad el entendimiento de todas las fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas que son la mayoría nacional. A ello se agrega un hecho significativo y valioso. Se pronuncian en favor del socialismo todos los partidos y movimientos que constituyen la Izquierda, lo cual está llamado a facilitar el desarrollo ininterrumpido del proceso social, a pasar de las tareas re-

volucionarias de hoy a las tareas revolucionarias de mañana.

Cabe advertir, sin embargo, que el camino del pueblo hacia el poder no está precisamente expedito. Los reaccionarios también se reagrupan, maniobran contra la unidad popular y tienen la firme decisión de mantener su dominio, sus privilegios, sus posiciones económicas y políticas. En este empeño, el imperialismo y la oligarquía no tienen ni tendrán escrúpulos para recurrir al golpe de Estado, a la presión extranjera, a la confabulación internacional en contra de Chile.

De otra parte, los acontecimientos de septiembre y octubre últimos, y también de mayo del año pasado, —me refiero obviamente a los conocidos hechos protagonizados por algunos sectores de las Fuerzas Armadas—, incorporan nuevos elementos en la disputa por el poder político.

7. LAS FUERZAS ARMADAS, UN NUEVO FACTOR POLITICO

En tales sucesos hay que ver, en primer lugar, un signo más de la crisis económica e institucional que vive el país y el hecho de que la cuestión social compromete a todo el mundo. Todas las clases y fuerzas toman posiciones en la pugna por el poder.

Las cosas hay que llamarlas por su nombre y reconocer la realidad tal como se da. Es, por ejemplo, un hecho real que las Fuerzas Armadas constituyen un nuevo factor en la política nacional. Se puede decir que el periodo de prescindencia de las Fuerzas Armadas en la vida política —prescindencia que nunca fue

absoluta, pero que durante varias décadas estuvo reducida a uno que otro grupo de oficiales— ha terminado o tiende a terminar.

Esta participación de las Fuerzas Armadas en la política tiene aspectos muy complejos. No se puede dejar de considerar que los problemas del mundo de hoy inquietan a todos y los vientos que corren abren todas las puertas, llegan a todos los rincones. Tampoco se puede desconocer que la crisis económica golpea a las Fuerzas Armadas y se traduce en bajas rentas y falta de solución a problemas de orden técnico-profesional.

Los comunistas no nos extrañamos por nada de esto y no somos defensores de la estructura ni de todos los preceptos que norman la vida de nuestros institutos armados. Hay en ellos más de algo que está caduco.

Con motivo de los acontecimientos ya mencionados, hacemos claros distinguos entre las reivindicaciones económicas y profesionales del personal de las Fuerzas Armadas y los afanes golpistas de algunos, principalmente de ciertos “generales civiles” que han querido y quieren aprovechar aquellas aspiraciones para fines contrarios al pueblo, y también a las instituciones militares. Esto está fuera de discusión.

Los partidos de la burguesía han buscado siempre puntos de apoyo en las Fuerzas Armadas. Y hay que dar por descontado que ahora el imperialismo y la oligarquía manejan los hilos para que uno que otro sector político, aunque de ello no todos tengan plena conciencia, promuevan “soluciones” militares, a fin de cortar el proceso revolucionario auténtico de nuestro pueblo.

Nuestro Partido se ha pronunciado contra todo tipo de solución militar.

Las Fuerzas Armadas son instituciones del Estado. Si bien los soldados y suboficiales provienen de las capas modestas de la población, los mandos medios y superiores, emanan de la burguesía y de la pequeña burguesía. Además, desde hace unos treinta años, los distintos gobiernos, cediendo a la presión yanqui, han tratado, cual más, cual menos, de incorporar a nuestras Fuerzas Armadas al dispositivo militar de los norteamericanos y de educarlas y entrenarlas para la lucha contra la llamada subversión interna, en defensa de los intereses creados, del orden establecido. Se han empeñado en formar en sus filas una mentalidad antiobrera, anticomunista y antipopular. Sabemos que, pese a ello, un número apreciable de militares mantiene una posición crítica frente al imperialismo norteamericano y concepciones antirreaccionarias. Sin embargo, está fuera de duda que aquella educación malsana ha hecho su efecto.

Si sólo tuviésemos en cuenta la composición de clase de los mandos, una solución militar sería, en el mejor de los casos, una solución burguesa, tal vez un nuevo ensayo reformista y, por tanto, una experiencia que no hay para qué vivir, puesto que de antemano, ya se sabe que no constituiría la salida revolucionaria que quiere el pueblo y que la nación necesita. No se podría afirmar que a los imperialistas les atrae toda clase de gobiernos militares. En alguna medida objetan el que está en Perú. Pero cada vez es más claro que, con tal de mantener sus posiciones fundamentales, no titubean en patrocinar incluso go-

biernos militares como aquél, allí donde no tienen otra carta que jugar. Rockefeller, en su informe sobre América Latina, junto con proponer el fortalecimiento del aparato militar del sistema interamericano para encarar "el peligro comunista", exalta el "nuevo tipo de militar que está surgiendo y que a menudo es la principal fuerza de cambios sociales constructivos en la región". "The Financial Times" es más explícito en revelar el pensamiento de los magnates imperialistas tanto norteamericanos como británicos. "Si el militarismo —dice— pudiera ser persuadido, a través de toda América Latina que su principal preocupación fuera el desarrollo económico y la revolución social, entonces podría decirse que una de las más importantes batallas de la región "ha sido ganada".

Y por cierto que lo que Rockefeller entiende por "cambios sociales constructivos" y "The Financial Times" por "revolución social" son de ese tipo de rarezas como la revolución en libertad.

La última palabra dada por Nixon sobre los asuntos latinoamericanos anuncia que Estados Unidos no hará cuestión acerca de si los gobiernos del continente son civiles o militares.

Estos también son hechos que forman parte de la realidad.

El Partido Comunista no tiene un criterio unilateral respecto de las Fuerzas Armadas. No piensa que son simples y obsecuentes apéndices del imperialismo y de las clases dominantes, pero tampoco el brazo armado del pueblo. Lejos, pues, de nuestro Partido están las concepciones antimilitaristas dogmáticas y lejos también se hallan de él las tentaciones que

apuntan a favorecer algún tipo de salida militar. Miramos el problema con objetividad.

Consideramos que la preparación doctrinaria de las Fuerzas Armadas debe impartirse de acuerdo a los intereses de Chile, de la independencia nacional, de la paz y la amistad entre los pueblos y que su formación profesional debe hallarse abierta a todos los aportes de la ciencia militar moderna.

La educación y el entrenamiento que hoy reciben, en tanto están inspirados en la lucha contra la llamada subversión interna, tienden a crear un abismo entre las Fuerzas Armadas y el pueblo, a contraponerlos con perjuicio de la unidad y de la capacidad de defensa que debe tener la nación frente a los peligros reales que amenazan su soberanía desde el exterior y que provienen del imperialismo y de algunos regímenes gorilas.

Hay síntomas de quiebra en la disciplina militar. Esto nos preocupa, no porque los comunistas defendamos todos los valores en que ella se inspira hoy, varios de los cuales son reaccionarios, sino porque los intereses de la defensa de la soberanía nacional exigen que se rechace cualquier intento de convertir a las Fuerzas Armadas en un partido político o en un elemento dirigido a suplantar la voluntad popular. Pensamos que es un deber patriótico atender los problemas que han provocado una crisis en las instituciones armadas. Sobre esta base y mediante la democratización de sus estructuras, debe superarse dicha situación.

Estimamos que va en favor de los superiores intereses del pueblo y de la Patria que el verdadero pensamiento de los comunistas, que hoy suele llegar desfigurado a las Fuerzas Ar-

madras, sea conocido por todos los chilenos, con o sin uniforme.

8. NO AL GOLPE DE ESTADO

Es realista decir que, precisamente a causa de intensificarse la lucha por el poder, de hallarse el imperialismo y la oligarquía dispuestos a recurrir a lo peor y de aparecer en esa lucha nuevos elementos y factores, no hay que tener ninguna ilusión en cuanto a que los acontecimientos se vayan a desarrollar, fatalmente, por los cauces ordinarios. El país ha entrado en un período de inestabilidad política, en un tembladeral que sólo puede tener una solución en un nuevo orden social organizado por el pueblo.

“Hoy por hoy —dijo la Convocatoria a este Congreso— en la pugna por el poder no se puede considerar fatal ni descartar ninguna de las alternativas, ni tampoco asegurada o desalojada, por tanto, una posibilidad popular”.

El tiempo que viene está lleno de interrogantes.

¿Qué va a pasar?

Lo que podría llamarse movimiento militar, ¿tiende a declinar o por el contrario, se trata de un fenómeno propenso a seguir manifestándose de más en más? ¿Habrà o no elección presidencial en 1970? Si no las hay, ¿qué sucederá, qué formas tomará en tal caso la lucha por el poder y quién vencerá en esta lucha? Si a la inversa, se llega al acto electoral ¿cuál será su resultado? ¿Se forjará a su debido tiempo la unidad popular y ésta será lo suficientemente amplia, sólida y combativa para

atajar a la derecha, impedir el continuismo democratacristiano y generar un gobierno popular?

Estas son algunas de las cuestiones que forman parte de todo lo que hay de incierto en el futuro inmediato.

Ante ellas el pueblo no toma ni puede tomar balcón. Asume y debe seguir asumiendo una posición de combate, a fin de que tales problemas se resuelvan en su favor y en interés de la Patria.

El Partido, la clase obrera, el pueblo de Chile deben tener plena conciencia de esto y disponerse a enfrentar los acontecimientos, cualquiera que sea el giro que pudieran tomar.

El país ha vivido momentos difíciles ante el peligro de golpe de Estado. La inmensa mayoría de los trabajadores y de la población chilena se pronunciaron en contra de las tentativas sediciosas. En esta lucha coincidieron las más vastas fuerzas democráticas, diversos partidos y corrientes populares y, sobre todo, los obreros, empleados y campesinos organizados en la CUT. Pero algunos sectores populares se veían confundidos y ello amenazaba con inmovilizar a los trabajadores. En tales circunstancias, fueron determinantes la actitud resuelta del Partido en contra del golpe de Estado, su palabra oportuna de alerta, su llamado al combate, su capacidad de movilización de las masas y la actividad y disciplina de sus afiliados.

Los planes de los golpistas, cualquiera que sea el ropaje con que se vistan, no iban ni van dirigidos a implantar cambios favorables al pueblo, sino todo lo contrario, iban y van des-

tinados a impedir esos cambios. De ahí que nuestra actitud, comprendida y compartida por la mayoría del pueblo, estaba y está muy lejos de implicar la defensa del "status", del gobierno o de su política. A la inversa, hemos partido de la base de que la clase obrera y el pueblo necesitan salvaguardar sus derechos y conquistas para seguir avanzando, para continuar la lucha por un gobierno popular, para tomar en sus manos la dirección de sus propios destinos.

Sean cuales fueren las circunstancias en que se dé la lucha, lo fundamental es y será siempre la presencia del pueblo, el combate de las masas y el papel dirigente que debe jugar la clase obrera.

¡A seguir, pues, oponiendo una valla infranqueable a los designios golpistas, cualquiera que sea su procedencia, y a continuar, al mismo tiempo, la lucha combativa de las masas populares por sus reivindicaciones inmediatas, contra la política reaccionaria del gobierno, por desbrozar su propio camino victorioso!

9. UNIDAD POPULAR PARA CONQUISTAR EL PODER

La clave para resolver la cuestión del poder en favor del pueblo está en la unión de sus fuerzas, en la construcción de la unidad popular. La actitud en relación a este problema se va convirtiendo en la piedra de toque para el triunfo del pueblo.

La lucha por la unidad popular ha sido y es una actitud revolucionaria permanente de los comunistas, dentro y fuera de las contiendas

electorales. Bregamos por una unidad combativa, que se exprese en todas las batallas, grandes y pequeñas; se forje en torno a un programa común, al margen de caudillos mesiánicos, alrededor de la clase obrera, asegurando al mismo tiempo que las demás clases y capas sociales progresistas y sus expresiones políticas tengan y asuman las responsabilidades correspondientes.

La unidad popular avanza. No pocas dificultades han sido ya vencidas, lo cual permite que en estos instantes todos los partidos y movimientos de izquierda se agrupen en un Comité Coordinador, se reúnan en una misma mesa para elaborar un programa común y estén animados por el propósito de dar juntos la contienda presidencial del año venidero. Las dificultades que subsisten pueden y deben ser superadas. Nos dirigimos a todas las fuerzas populares, cuyos representantes se hallan en la sesión inaugural de este Congreso, para expresarles nuestra fundada esperanza de que todos seguiremos haciendo los empeños y hasta los sacrificios que sean necesarios para llevar adelante la unidad popular y enfrentar en un solo bloque todos los combates del presente y del porvenir.

Nos dirigimos en especial a nuestros camaradas socialistas. Casi 14 años han probado la solidez del entendimiento entre nuestros partidos. Ni los reveses inherentes a tan larga lucha, ni las maniobras e intrigas del enemigo han podido romper este entendimiento. El se basa en la lucha por los intereses de los trabajadores, por la revolución antimperialista y antioligárquica y por el socialismo. En estas grandes causas nuestras coincidencias son

fundamentales. Esperamos que las diferencias que nos distancian no pongan jamás en peligro la unidad socialista-comunista y que los aspectos conflictivos no vuelvan a primar en ningún momento.

Entre las luchas políticas más importantes del período que se abre están las elecciones presidenciales. El pueblo debe dar unido esta batalla. Esta unidad tiene que forjarse en torno a un programa, a una concepción de poder y a un acuerdo sobre gobierno. Todos los chilenos deben saber claramente qué queremos hacer y cómo queremos gobernar. Acerca de esto último, los comunistas declaramos que no estamos por que se entregue a un solo hombre, o a un solo partido, la responsabilidad del poder. Todos somos y debemos ser parte de la oración. De común acuerdo, todos debemos llevar a cabo los cambios revolucionarios.

Hemos proclamado nuestro propio candidato, el camarada Pablo Neruda. Su postulación ha concitado el entusiasmo y el fervor revolucionario de vastos sectores ciudadanos, más allá de las fronteras partidarias. Neruda representa el Partido, su lucha, su programa, su intransigencia con los enemigos del pueblo, su resuelta política de unidad. Es, además, una figura de la Patria, uno de los valores más grandes que haya tenido la nación. Por todo esto, el Partido y muchos chilenos sin partido desean ardientemente que Neruda sea proclamado candidato de la unidad popular. Pero no decimos ni diremos: "Pablo Neruda o ningún otro", ni "nuestro candidato o no hay unidad popular". Esto no correspondería a nuestra posición.

10. EL CARACTER DE LA REVOLUCION CHILENA Y DEL NUEVO ESTADO

El objetivo de la unidad popular es alcanzar el poder y hacer la revolución.

Para los marxistas, el contenido del nuevo poder y el carácter de esta revolución están determinados ante todo por la realidad. No se pueden establecer subjetivamente ni someterse a esquemas artificiales, so peligro de retrasar el proceso. Son configurados por el tipo de contradicciones fundamentales que hay en la sociedad, por el significado concreto de los cambios revolucionarios que están al orden del día, por los intereses comunes del conjunto de las clases que participan en la transformación social y por el cuadro internacional en que está inscrita la revolución chilena.

En virtud de ello, el poder popular que queremos generar y la revolución que necesitamos hacer son, por su esencia y objetivos, antimperialistas y antioligárquicos con la perspectiva del socialismo. De ahí que, dicho sea de paso, no nos parezcan serios y sí carentes de rigor científico, aquellos planteamientos que suelen hacerse en el sentido de darle ya un carácter socialista a todo el proceso revolucionario que hoy debemos operar. El camino hacia el socialismo pasa a través de las transformaciones antimperialistas y antioligárquicas. Y no ayudan precisamente al socialismo, sino todo lo contrario, las desfiguraciones del verdadero contenido de la revolución chilena, aunque en muchos casos sólo se trate de desfiguraciones verbales. El paso de la revolución antimperialista y antioligárquica a la revolución socialista puede ser muy rápido y constituir un

proceso continuo y único, como ocurrió en Cuba, por ejemplo. Por esto mismo y para ello, el acento hay que ponerlo en las tareas concretas que corresponden a cada momento histórico.

Lo más revolucionario es y será siempre poner el dedo en la llaga y propiciar con toda energía los cambios que hoy están planteados objetivamente y en torno a los cuales es posible unir a la mayoría del pueblo y avanzar hacia el socialismo. No hay nada más revolucionario que proponerse ahora la erradicación del imperialismo, la liquidación de todos los centros de poder de la oligarquía y demás transformaciones que contempla el Programa de nuestro Partido. Se quedan atrás los que no propugnan las transformaciones revolucionarias concretas de ahora o no actúan consecuentemente. Y más allá de quienes planteamos dichas tareas y sostenemos al mismo tiempo la necesidad de abrirse paso al socialismo, no hay nadie que pueda estar adelante, cualesquiera que sean las frases que se pongan en uso.

La recuperación de las industrias básicas en poder del imperialismo, la nacionalización de la banca, del comercio exterior, del acero, el cemento y demás empresas monopólicas y la aplicación de drásticas medidas dirigidas a terminar con el latifundio y poner la tierra en manos de los campesinos, son las transformaciones fundamentales e insoslayables a través de las cuales se deben romper las trabas que obstaculizan el progreso del país en todos los sentidos. Constituyen la base para que Chile dé un salto hacia adelante.

Tales medidas permitirán poner en manos

del nuevo Estado cuantiosos recursos, funciones y palancas fundamentales para aumentar substancialmente la inversión y la producción, levantar nuevas industrias, financiar una reforma agraria acelerada y profunda, entrar a resolver el angustioso problema de la vivienda, atender las necesidades relativas a la salud, la educación y la cultura, terminar con la cesantía y redistribuir la renta nacional en favor de los trabajadores y del pueblo.

Junto a todos los que viven de un sueldo y un salario y a los centenares de miles de artesanos y trabajadores por cuenta propia, serán beneficiados con estas medidas los pequeños y medianos empresarios de la industria, la agricultura y el comercio. Estos se verán libres de la explotación de los monopolios, de las condiciones leoninas que les imponen en su trato de la competencia que los mortifica y muchas veces los conduce a la quiebra. Además, podrán disponer de mayor margen de créditos, pagar menos impuestos y contar con un mercado más amplio para sus ventas.

En las condiciones que serán creadas con la liberación del país respecto del yugo de la oligarquía y del imperialismo, se ensanchará también el campo para el aprovechamiento de todas las capacidades de los trabajadores calificados, de los profesionales, técnicos, artistas y escritores.

El Partido Comunista considera que en la etapa de las transformaciones antimperialistas y antioligárquicas, bajo el gobierno popular que nos proponemos crear, existirán diversos tipos de economía, a saber: la pequeña producción mercantil, aquella que va al mercado y que se basa en el trabajo personal o del grupo

familiar de los artesanos, de los campesinos y propietarios de talleres; el capitalismo privado, constituido por el sector de los pequeños y medianos empresarios cuyos medios de producción no serán expropiados; el capitalismo de Estado, fruto de diversas formas de asociación o colaboración entre el poder popular y los capitalistas, y el sector público o estatal de la economía.

Mediante la nacionalización de las empresas imperialistas, de las industrias fundamentales, de la banca y demás medidas antioligárquicas, aumentará apreciablemente el sector público de la economía y el poder del nuevo Estado. Sobre la base del sector estatal y de las cooperativas que deberán promoverse en la industria y en la agricultura, será posible planificar la producción en forma orgánica y armónica y avanzar al socialismo.

El paso al socialismo no estará libre de conflictos. Pero habrá de llevarse a cabo, a nuestro juicio, teniendo en cuenta que habrá capitalistas que estarán de acuerdo en dar y recibir un trato amistoso en el nuevo régimen.

Paralelamente a estas transformaciones, se pondrán en marcha los cambios de la superestructura, se irá a la creación de un nuevo sistema político, cuyo rasgo fundamental será que el Estado y todo su aparato, sus funciones y recursos se pondrán al servicio del pueblo y estarán en manos del pueblo, de las clases y capas progresistas, que son el 90% de la población.

Como lo señaló nuestro Partido en su manifiesto al Pueblo, de diciembre de 1968:

“Chile necesita un gobierno popular antimperialista y antioligárquico, que tenga el apoyo de la mayoría nacional, constituido por to-

dos los partidos y corrientes que coincidan en un programa de transformaciones revolucionarias. En él deben estar los obreros, los campesinos, los empleados, las mujeres, los jóvenes, los pequeños y medianos empresarios, no sólo a través de los partidos que los interpretan, sino también mediante representantes de sus organizaciones de masas en las instituciones y escalones correspondientes de la Administración del Estado”.

“Nos pronunciamos, pues, por un gobierno popular pluripartidista, amplio, fuerte, revolucionario, realizador, que le asegure al país estabilidad democrática y acelerado progreso social, económico y político y le dé al pueblo plena libertad”.

“Desde el punto de vista de los intereses de las clases mayoritarias que constituyen el pueblo en su más amplia acepción, y partiendo del carácter de las contradicciones y de las transformaciones sociales que están en el orden del día, se necesita un gobierno que se apoye en todas las fuerzas avanzadas de la sociedad y sólo tenga en su contra los sectores más retardatarios”.

“Esta necesidad se hace todavía más perentoria en razón de los peligros de agresiones, cercos y provocaciones que provienen del imperalismo norteamericano y de los gobiernos gorilas del continente y en virtud también de las tentativas del golpe de Estado que pudieran surgir de los sectores más reaccionarios del propio país”.

“Un gobierno popular que reúna en su seno a la mayoría nacional será capaz de vencer los obstáculos internos y externos que se oponen a las transformaciones, dará lugar al des-

pliegue de todas las fuerzas revolucionarias que existen en la sociedad chilena y abrirá el camino hacia el socialismo. En las condiciones de nuestro país, cuanto más amplio sea este gobierno, más firme, revolucionario y operante también lo será”.

Queremos agregar que en un gobierno popular concebimos la existencia de la oposición, dentro de los marcos de las leyes del país, las que estarán inspiradas, por supuesto, en los intereses del pueblo y no de los privilegiados.

Como dice nuestro documento de Convocatoria:

“Los comunistas consideramos que en un régimen de gobierno popular y, más adelante, en las condiciones del socialismo, todas las corrientes populares mantendrán sus propios perfiles, todas las creencias religiosas serán respetadas, existirá por tanto pluralismo ideológico y político, sin perjuicio de la lucha de cada cual por sus propias ideas”.

Que nadie derive de estos planteamientos la más mínima tendencia al liberalismo político, ni mucho menos la idea de que nosotros pudiéramos pensar que las formas prácticas que concebimos para nuestro país deban tener aplicación en todas las latitudes, en todos los países, incluso en las naciones que hace tiempo tomaron la senda del socialismo. En varias de éstas, por razones históricas muy específicas, no existe, por ejemplo, el pluripartidismo, y sería absurdo que hoy día allí se permitiera que formen partidos políticos los restos de las clases reaccionarias desplazadas, que en la revolución y en la Segunda Guerra Mundial se pusieron al lado del imperialismo y el fascismo.

No se trata de eso. Tampoco se trata de que

nosotros olvidemos el carácter de clase que debe tener el gobierno popular. Esto lo tenemos presente. Estimamos que el gobierno popular que propiciamos será el más democrático de cuantos haya tenido el país, pero también sabrá emplear su fuerza y autoridad para imponer, a través de las leyes que se dé el pueblo, la voluntad de la mayoría nacional para vencer la resistencia de la minoría.

El proletariado —por ser la clase más organizada, por su conciencia política y nivel de combatividad, por el lugar que ocupa en la producción social, porque no tiene nada que perder sino sus cadenas y sí un mundo que ganar, porque su causa se confunde con la causa general del pueblo y de la nación— es la única fuerza social que puede garantizar las mejores soluciones frente a las dificultades que han de surgir y, por tanto, puede asegurar la marcha victoriosa del proceso revolucionario. Desempeñará tal rol a condición, por cierto, de que en todo momento esté presente con sus luchas, desarrolle todavía más su organización, extienda y consolide sus vínculos con los campesinos y las capas populares no proletarias de la ciudad, eleve aún más su conciencia de clase, cierre filas en torno al Partido Comunista y éste mantenga y propague con firmeza la ideología del marxismo-leninismo.

11. LA LUCHA POR LA LIBERTAD

A fin de llevar agua a su molino y de impedir la unidad del pueblo, el enemigo de clase desfigura nuestra política, la presenta como si ella fuera maquiavélica. Pretende hacer creer a nuestros aliados actuales y potenciales que

andamos con un puñal bajo el poncho, que queremos utilizarlos para que nos ayuden a conseguir tales y cuales objetivos y luego dejarlos de lado y aplastarlos, poniendo fin a las libertades y creando un sistema de partido único.

La verdad es que el comunismo es el único movimiento que en la historia se ha planteado correctamente el problema de la libertad.

En el capitalismo la libertad tiene un límite, la propiedad capitalista sobre los medios de producción, en virtud de lo cual hay una distancia sideral entre las palabras de la burguesía y la realidad del régimen burgués, entre lo que suelen proclamar las constituciones y la situación concreta bajo el capitalismo.

En el régimen burgués los trabajadores no disponen ni siquiera de la libertad de vender su fuerza de trabajo. Se hallan muy restringidos o son letra muerta los derechos a la educación, a la cultura, a la recreación, al descanso y otros de que tanto se blasona. La libertad de prensa se traduce en el monopolio de los capitalistas sobre los medios de difusión. La libertad de opinión, de reunión, de asociación y todas en general existen sólo en contados países capitalistas, con fuertes limitaciones y únicamente en la medida en que los trabajadores las han conquistado a través de sus luchas y a costa de su sangre.

En cambio, en el socialismo, los citados derechos y libertades son una realidad para el pueblo. Por encima de las deformaciones y errores cometidos en uno que otro país socialista, no cabe comparación alguna entre uno y otro sistema. En el sistema socialista hay más libertad.

La revolución socialista resuelve correctamente el problema de la libertad porque elimina la explotación del hombre por el hombre y abre las puertas para que la sociedad pase al comunismo.

La libertad evoluciona con el perfeccionamiento de las relaciones sociales de producción entre los hombres.

El capitalismo, en sus comienzos, liberó a los esclavos y siervos para disponer de mano de obra asalariada y atacó los derechos y libertades de la monarquía, la nobleza y los señores feudales. A la vez implantó una nueva forma de esclavitud. Hoy en día, restringe, conculca o aplasta las libertades para mantener en pie la esclavitud asalariada, en el afán de perpetuar las viejas relaciones de producción.

El socialismo libera a los trabajadores de la esclavitud capitalista y para ello le niega al capitalista lo que para éste constituye su más sagrada libertad: la de apropiarse del trabajo ajeno y vivir a costillas de los demás. Y, a diferencia del capitalismo, el socialismo no establece nuevas formas de opresión y sólo limita o suprime las libertades de las clases desplazadas del poder, en función de las nuevas relaciones de producción, en función de crear las bases materiales y sociales que permitan ampliar más y más la libertad.

Nuestros puntos de vista sobre la libertad los expresamos, pues, abiertamente, sin hipocresías. No andamos con santos tapados. Somos francos en decir que, a fin de que el pueblo tenga libertades y derechos reales, necesariamente hay que terminar con los monopolios extranjeros e internos y, por tanto, con aquellos instrumentos y canales de que disponen para

saquear al país y que constituyen "su" libertad. Del mismo modo, hay que meter en cintura a los reaccionarios que, una vez conquistado un gobierno del pueblo, pretendan alzarse contra los intereses y la voluntad mayoritaria de la nación.

Respecto de las distintas fuerzas que hay en el movimiento popular, estamos por su entendimiento y su colaboración sin ningún límite en el tiempo. De consiguiente, no tenemos segundas intenciones en el trato con ellas.

Naturalmente, a medida que se avance en las transformaciones sociales, se pueden producir cambios en la correlación de fuerzas. Nuevos sectores se sumarán al torrente revolucionario y la mayoría del país querrá siempre seguir adelante, en tanto que ciertos grupos tratarán de marcar el paso o de volver hacia atrás. Este es un fenómeno que se puede dar, sin que nada tenga que ver con supuestas actitudes preconcebidas de nuestra parte en el sentido de abandonar más adelante a algunos aliados de hoy.

De lo dicho se desprende también que en nuestro país debe subsistir el pluripartidismo incluso en el socialismo. El sistema de partido único no es condición indispensable de la edificación del socialismo.

12. EL PROGRAMA DEL PARTIDO

A la consideración de este Congreso será sometido el proyecto de nueva redacción de nuestro Programa. En este documento está nuestra opinión sobre todos los problemas cardinales de la revolución chilena.

En él se reafirma la línea estratégica vigen-

te hasta hoy. Su nueva redacción ha sido necesaria en razón de algunos cambios que se han producido en la realidad nacional e internacional y de la maduración ideológica y política de nuestro Partido, que le permiten hacer formulaciones más acertadas y científicas sobre asuntos que ayer se insinuaban o respecto de los cuales no se tenía suficiente experiencia o faltaba una reflexión más profunda.

El Programa tiene una nueva estructura. La que se propone nos parece mejor, más clara, más directa, más concreta. Se han eliminado referencias y apreciaciones que han quedado "out side". La reforma agraria y la reforma universitaria se plantean ahora teniendo en cuenta lo nuevo que hay en ambas materias.

Se incorporan al Programa problemas que no habíamos considerado, como los relativos a la estructura y el funcionamiento del gobierno popular, a la concepción que tenemos sobre el poder popular, a las Fuerzas Armadas y a los derechos del pueblo mapuche. También se les da el relieve correspondiente a las capas medias.

El Programa con el cual hemos trabajado hasta hoy ha desempeñado un gran papel en la actividad de nuestro Partido y en la política nacional. La nueva redacción que se propone, a través de mejores planteamientos, del enfoque de nuevos problemas y hasta de simples cambios de palabras, le da al Programa del Partido mayor riqueza ideológica y precisión científica y, por lo tanto, más fuerza y capacidad movilizadora.

En relación al problema de las vías de la revolución, se hace un planteamiento más breve y más de acuerdo con el nuevo panorama

social. El nuevo texto del Programa sostiene que “la revolución es un proceso múltiple vinculado a todas las luchas que viene librando nuestro pueblo y que *sus vías se determinan en conformidad a la situación histórica, pero siempre han de basarse en la actividad de las masas*”.

En consecuencia, la salida revolucionaria no está asociada, obligatoriamente, a una vía determinada.

Esto no quiere decir, claro está, que desalojemos la posibilidad de la vía no armada, ni que participemos, siquiera en alguna medida, con la tesis de Miles Wolpin, pseudo marxista norteamericano que ha pretendido probar la imposibilidad de que la izquierda chilena gane las elecciones presidenciales de 1970.

Cuando nosotros hablamos de la pugna por el poder, no estamos pensando exclusivamente en las posibilidades electorales de 1970. Tal pugna existe independientemente de esas elecciones y dentro y fuera del marco electoral.

Las premisas de aquella tesis son casi todas reales. Su autor sostiene con razón que las clases dominantes en nuestro país tienen en sus manos prácticamente todos los medios publicitarios, otros mecanismos y el dinero suficiente para formar y deformar la opinión pública, de lo cual extrae, sin embargo, una conclusión falsa. Porque esa misma tesis se podría aplicar en otro plano, sacando, por ejemplo, la cuenta de las armas que están en poder o al servicio de la burguesía y, de acuerdo a tan original lógica, la imposibilidad de una victoria popular por un camino armado sería mucho más clara. Lo que ese sesudo “marxista” norteamericano no ha tenido en cuenta es una

verdad elemental del marxismo: que las revoluciones responden a leyes objetivas y se abren paso, derribando todos los obstáculos, cuando su hora ha sonado, cuando el salto histórico constituye una exigencia social y el pueblo está en condiciones de darlo y se decide a darlo.

Respecto de la reforma agraria, el nuevo texto del Programa llama la atención en cuanto a que no se han resuelto los problemas del agro y los latifundistas mantienen posiciones muy fuertes en el campo. Plantea la necesidad de modificar substancialmente la ley de 1967, reduciendo la reserva no expropiable, eliminando las exenciones que favorecen a los terratenientes, haciendo extensivas las expropiaciones a todo tipo de latifundios y a sus instalaciones, maquinarias, industrias, aperos y ganado. Al mismo tiempo, señala la conveniencia de que los representantes de las organizaciones campesinas tengan una participación preponderante en los organismos de la reforma agraria y que se entreguen títulos de dominio a los campesinos que reciben tierra de los latifundios expropiados por la CORA y también a los miembros de las comunidades y a los ocupantes de tierras fiscales.

En cuanto a las Fuerzas Armadas, el Programa aboga por una concepción moderna, patriótica y popular de la defensa nacional. En virtud de ello, se formulan las siguientes cuestiones esenciales: que se afiance en todas las ramas de la Defensa su carácter nacional, completamente reñido con cualquier empleo que se pretenda hacer de ellas para reprimir al pueblo o participar en acciones que interesan a potencias extrañas, lo cual podrá lograrse en debida forma en las condiciones de un

Gobierno Popular; y que, sobre tales bases, se les aseguren los medios materiales y técnicos y un justo y democrático sistema de remuneraciones, ascensos y retiro.

En nuestro país hay alrededor de medio millón de mapuches, el 5% de la población total, la mayor parte de ellos concentrados en la zona que va del Bío-Bío hasta la provincia de Osorno. Consideramos que el Gobierno Popular debe reconocerles el derecho a la co-administración de las regiones en que habitan y que debe garantizarles la enseñanza en su propia lengua, además del español. Este mismo derecho debe reconocérseles a los pascuenses y minorías étnicas del Norte Grande.

Al incorporar al Programa de nuestro Partido los derechos de los mapuches, queremos llenar un vacío serio en nuestra política, entregarle al pueblo aborigen una bandera de lucha por su progreso, su bienestar y el florecimiento de su cultura. Tenemos confianza en que la clase obrera, las masas populares, lo apoyarán resueltamente con vista a poner fin al estado de abandono y de desigualdad en que las clases dominantes lo han mantenido hasta hoy.

CAMARADAS:

Desde el anterior al presente Congreso, durante todo el período del gobierno demócrata-cristiano, el pueblo ha vivido nuevas experiencias.

Los Convenios del Cobre y la llamada Nacionalización Pactada con la Anaconda, la constitución de sociedades mixtas con el imperialismo en el salitre, la petroquímica y otros campos; el aumento de la deuda exter-

na, la política de salarios, de devaluaciones monetarias y de inflación, y las brutales masacres de El Salvador, Santiago y Puerto Montt han marcado a fuego al gobierno del Sr. Frei.

Han despertado nuevas fuerzas sociales, especialmente el campesinado y vastos sectores de pobladores y mujeres. Estas últimas, tan halagadas por la democracia cristiana, le vuelven las espaldas.

Este despertar es producto del avance social, fruto de la actividad de las fuerzas revolucionarias y también del empuje inicial de una parte de la democracia cristiana, al mismo tiempo que de su fracaso.

Después de la experiencia democratacristiana, la necesidad de un Gobierno Popular se hace más imperiosa y los cambios revolucionarios más urgentes y profundos.

Hemos hablado de los obstáculos y peligros que se interponen en el camino. Tenemos claro que el enemigo tiene todavía no pocas posibilidades y capacidad de maniobra. No le faltan salidas en la situación actual, pero la clase obrera y el pueblo de Chile tienen, por su parte, fuerzas suficientes para arrinconarlo, aislarlo y derrotarlo, para vencerlo, transformarse en Gobierno y abrirse paso al porvenir.

Este Congreso está llamado a reafirmar posiciones y a entregar nuevas perspectivas y banderas de combate en pos de la victoria del pueblo.

13. ANTE EL CENTENARIO DE LENIN

Se reúne en vísperas de la celebración de un magno acontecimiento, el centenario del na-

talicio de Vladimir Ilich Lenin, el creador del Partido Bolchevique, el artífice de la primera revolución socialista victoriosa, la Gran Revolución de Octubre.

Con este motivo, queremos expresar el profundo orgullo revolucionario que sentimos los comunistas chilenos de ser discípulos de Lenin y de formar en las filas de un Partido Comunista que nació de las entrañas de la clase obrera, del fragor de la lucha de clases y al calor de la Revolución de Octubre.

Permítaseme expresar a la delegación del Partido Comunista de la Unión Soviética, y a través de ella, a todos los soviéticos, la honda admiración que sentimos por el genio de Lenin, el hombre que más ha hecho por la más grande de las transformaciones sociales, por que la Humanidad salga para siempre de toda forma de opresión y los dones de la naturaleza y los frutos del trabajo sean para todos.

El genio de Lenin se expresó en varios campos, particularmente en la economía, la política y la filosofía.

Sacó a luz el marxismo, que después de la muerte de Marx y Engels había sido enterrado por los oportunistas de la Segunda Internacional y lo desarrolló creadoramente. Estudió en profundidad el capitalismo en su etapa monopolista, descubrió y formuló la ley del desarrollo desigual del capitalismo y sentó con ella la tesis de la revolución socialista por separado, incluso en un solo país.

Puso de relieve las leyes generales de la revolución, señaló científicamente los objetivos concretos de la revolución democrático-burguesa y de la revolución socialista, las diferencias y conexiones que hay entre ellas, la posi-

bilidad de hacer de ambas un solo proceso revolucionario si el proletariado toma la dirección en uno y otro caso. En relación con esto, desentrañó la importancia revolucionaria del campesinado como aliado natural de la clase obrera y enseñó a considerar atentamente y con realismo las complejidades que presenta la vida y la necesidad de dominar todas las formas de lucha.

Desarrolló la teoría del Estado en general y de la dictadura del proletariado en particular. Esta teoría marcó la diferencia entre los que tomaron la senda de la revolución o el camino de la colaboración de clase, entre los reformistas y los revolucionarios en el campo de los partidarios del socialismo.

Dio una solución teórica —y también práctica en el vasto ámbito del viejo imperio zarista— al problema de las nacionalidades, a la cuestión nacional.

Comprendió la fuerza revolucionaria de los pueblos oprimidos por el imperialismo, la importancia de su lucha liberadora y su conexión con la revolución socialista mundial.

Le dio al principio del internacionalismo proletario todo el valor teórico y práctico que tiene en la lucha contra el imperialismo, por el paso del capitalismo al socialismo.

Creó un nuevo tipo de partido capaz de organizar, orientar y dirigir a las masas, de encabezar el asalto a la bastilla capitalista y de construir en seguida el socialismo.

Le confirió a la lucha ideológica una gran significación revolucionaria, y él mismo, personalmente, enfrentó a los enemigos abiertos y encubiertos del marxismo, desenmascaró a los oportunistas tanto de izquierda como de dere-

cha. Esta lucha ideológica librada por Lenin le dio al Partido Comunista de la URSS y a todos los partidos comunistas que se guían por el leninismo, la firmeza de principios, la solidez ideológica, la unidad política y la capacidad revolucionaria que los caracteriza.

En todo el mundo se prepara la celebración del centenario de Lenin.

Lenin se merece los más grandes homenajes de admiración y de cariño, las más efusivas expresiones de gratitud por su obra gigantesca.

Pero no se trata sólo de esto. Se trata ante todo de celebrar el centenario de Lenin en actitud de combate. Para ello, junto con aplicar todas las tareas del Partido que emanarán de este Congreso, hay que levantar más alta la bandera del leninismo en la lucha por la ideología proletaria. El genio de Lenin no ha muerto. Sus aportes teóricos a la revolución permanecen vivos y actuales.

Lenin enfrentó dificultades colosales, tanto en el período de preparación de la revolución, como en la revolución misma, en el afianzamiento del Poder Soviético y en los primeros pasos de la edificación socialista. Pero él depositó una fe ilimitada en las fuerzas revolucionarias del pueblo, con pleno dominio de las leyes del desarrollo histórico. ¡Y venció!

Este es un ejemplo de inmenso valor para el movimiento revolucionario de todo el mundo y, por lo tanto, también para nosotros.

Los obstáculos que tenemos por delante no son de poca monta. En definitiva, corresponden a una situación que tiene entre sus rasgos más característicos la pujanza de la clase obrera chilena, el avance del movimiento so-

cial, la agudización de las contradicciones de clase, la intensificación de la pugna por el poder. Y en medio de un panorama como éste no sólo existen obstáculos y peligros, sino también inmensas perspectivas revolucionarias, la posibilidad real de que el pueblo dé su palabra y conquiste el gobierno.

En este momento crucial, el Partido Comunista reafirma su decisión de combate y llama al pueblo entero a volcar todas sus energías con el fin de que un nuevo día ilumine en la historia de la Patria.

¡VIVA EL PARTIDO COMUNISTA!

¡VIVA LA UNIDAD POPULAR!

**¡VIVA EL INTERNACIONALISMO
PROLETARIO!**

¡VIVA CHILE!

Santiago de Chile, 23 al 29 de Novbre. 1969.